

LOS ANTONINOS: ANALISIS DE LA ACTUACION IMPERIAL EN LA POLITICA ROMANA DEL SIGLO II C.D.

JOSE ANTONIO GARZON BLANCO

RESUMEN

El siglo II d. C., ha sido llamado con toda propiedad “La Edad de Oro de *los Antoninos*”; en efecto, durante esta centuria aparece una clase única en la Historia Universal: la de los emperadores filósofos o amigos de los filósofos. Sus actividades a lo largo de sus mandatos estuvieron siempre regidas por el principio del humanismo filosófico, incluso aquellos a los que ni sus contemporáneos ni la historia posterior han hecho el debido juicio, como es el caso de Lucio Vero y Commodo. Ello es lo que pretendemos poner de manifiesto en este artículo.

SUMMARY

The second century D.C. has been called with every right “The Golden Age of the Antoninos”; indeed, during this century a unique class emerges in Universal History: that of philosopher-emperors or friends of the philosophers. Their activities during their mandates were always governed by the principle of philosophical humanism, even those who have been incorrectly judged by their contemporaries and subsequent history, as is the case with Lucio Vero and Commodo.

This is what we are trying to demonstrate in this article.

LOS ANTONINOS: ANALISIS DE LA ACTUACION IMPERIAL EN LA POLITICA ROMANA DEL SIGLO II C.D.

JOSE ANTONIO GARZON BLANCO

El siglo II se caracterizó por la presencia de emperadores de la clase romano-provincial, lo que suponía un nuevo rumbo en la política interna del gobierno imperial. Las dinastías Julio-Claudia y Flavia no habían sabido enderezar los problemas provinciales por falta de perspectiva, esto lo tendría que solucionar la aristocracia italiano provincial y los emperadores Antoninos.

Supone un cambio radical con respecto a la centuria anterior entre la sociedad corrupta por el despotismo, que había caracterizado al siglo I, y que había provocado la primera gran crisis del Imperio con la guerra civil que siguió a la muerte de Nerón. Este despotismo ha dado paso con los Antoninos a un absolutismo que se justifica por la voluntad divina, la cual se despliega en una política de justicia y equidad, algunos años de libertad bastaron para devolver a los hombres la alegría y la responsabilidad de ser los poseedores del mayor imperio que había conocido el mundo, y que había faltado desde la muerte de Augusto. En todas las partes del Imperio el régimen municipal se impuso. En el futuro, la política social del Imperio descansaría sobre la burguesía media, sobre todo la provincial sobre la cual se trataba de construir los cimientos de la dinastía de los Antoninos. Las asambleas provinciales servían de intermediarias entre las poblaciones y el príncipe, y las ciudades del Imperio autónomas y administradas por la burguesía y el propio emperador, que a partir del siglo II se preocupa de las provincias con tanta intensidad como lo hace con la *Urbe*. Todo ello proporcionaba una compenetración entre el máximo magnatario y su pueblo, que se sentía seguro gracias a la legislación promulgada que aseguraba al Imperio su unidad y protección de los pobres; casi al modo del despotismo ilustrado de siglos posteriores. Este era el tipo de gobierno que las clases medias querían y a la cual pertenecían los propios emperadores, esta clase media pasó a nombrar a los magistrados, los caballeros fueron a ocupar los puestos de la administración durante el gobierno de Adriano y así la jerarquía de funcionarios administrativos sustituye a la nobleza. En adelante, el *cursus honorum* se haría en base a los méritos adquiridos, sin importar la nobleza de sangre.

Roma se convierte, primero con Trajano y después con Adriano en la ciudad mayor y más hermosa de todo el Mediterráneo. La llegada del régimen liberal de los Antoninos creó en Roma una alta vida espiritual, la clase selecta griega vuelve tras su expulsión por Domiciano y con ello renace la literatura griega y el derecho natural, tan arraigado en las provincias orientales. La actividad humanística de los emperadores del siglo II contrasta grandemente con las de los príncipes anteriores o posteriores, durante este período se produce un hecho incuestionable, el emperador toma verdaderamente conciencia de que no está gobernando solo para Roma e Italia, sino también para un Imperio al que hay que ayudar, conocer y, en su caso, socorrer, mejorando el nivel de vida de todas las clases sociales por igual. Por otra parte, los gobernantes se descubren herederos de la cultura griega y de la tradición clásica, y hacia ellas vuelven sus ojos.

El siglo se abre con la figura de uno de los mejores emperadores que tuvo Roma a lo largo de su historia: Trajano; buen general y estrategia condujo al Imperio a su cenit expansionista, con la conquista de Dacia y de

las regiones situadas más allá del Eufrates. Pero dejando de lado la importante faceta militar, se entrevén algunos aspectos de lo que va a ser el posterior “Imperio Humanístico”, característico de este siglo. La primera, y quizás insuficientemente resaltada, sea la preocupación de Trajano por la infancia al potenciar la institución creada por Nerva que acogía a los niños y a las niñas pobres de Italia y cuyo coste corría a cargo del Estado; con ello evitaba la mendicidad y el desamparo, bien es verdad que esta actividad filantrópica iba destinada a proteger a la juventud en un momento en que el descenso de la natalidad alcanzaba cotas alarmantes en todo el Imperio y especialmente en Italia.

Adriano, sucesor de Trajano, es junto con Marco Aurelio la figura más relevante de este siglo. Adriano, militar, poeta, músico, astrónomo, adivino... etc., es el humanista por excelencia, él mismo llevó sobre sus hombros casi toda la administración del Estado, hasta el punto de que se preocupó de visitar las provincias que componían el Imperio, una a una para conocer sus problemas y también para disfrutar de sus bellezas e historia; enamorado de Grecia hasta ser un puro heleno, llevó al mundo clásico de Grecia a un sorprendente renacimiento, en el que principalmente salió beneficiada la ciudad de Atenas. Con justeza Adriano podía recibir el título de *Panhelénico*. Ningún César estuvo tan cerca de sus ochenta millones de súbditos. Nada le agradaba tanto como recorrer el Imperio, conocer los distintos países, las bellezas de sus paisajes, los tesoros de su cultura. Le gustaba visitar los lugares famosos de la Historia, los campos de batalla de Platea y Mantinea, las tumbas de Epaminondas, Milciades y Alcibiades. La misma Troya. Sufrió todas las inclemencias del tiempo, desde los fríos de Europa Central hasta los calores agobiantes de los desiertos de Africa o de Asia. Nada le preocupaba con tal de tomar directo contacto con sus súbditos y establecer su ideal romántico: resucitar el pasado glorioso de la Hélade. Especial importancia tenía para Adriano la ciudad de Atenas por cuyo pasado e instituciones sentía gran admiración. En efecto, el futuro emperador desde su más tierna infancia se había interesado vivamente por la lengua y la cultura griega, hasta el punto de que, como dice la *Historia Augusta* sus discípulos le apodaban “el grieguito”, este interés lo llevó con igual intensidad durante toda su vida, teniendo una muy favorable repercusión en todo el ámbito cultural de la época. Atenas es promovida junto con Alejandría a capitales culturales del mundo romano, el emperador se hace nombrar arconte de Atenas, termina la edificación del grandioso templo de Zeus Olímpico, construye una gran biblioteca... etc. Para culminar su asimilación del mundo helénico, Adriano se inició en los sagrados Misterios de Eleusis. A partir de ahora, el mundo Occidental se llena de individuos procedentes de Oriente pertenecientes a todas las clases sociales, desde senadores, cuyo número en el Senado aumenta de forma considerable, hasta profesionales libres y gentes sin cualificar, como se demostrará en los trágicos sucesos de Lyon del año 117 en que buena parte de las víctimas procedían de provincias asiáticas; igualmente la lengua griega se difunde por Occidente, no son ya solo los escritores orientales los que escriben en griego, sino también muchos cuya lengua nativa es el latín. La vida cultural tuvo un último resplandor: su centro se trasladó a Oriente, a la región de la lengua y la civilización griega, donde se manifestó el llamado “Resurgimiento Griego”.

Es importante recalcar este punto. Adriano se ocupó muy atentamente de las provincias. De sus veintinueve años de reinado, pasó más de la mitad fuera de Italia. Muchas ciudades provinciales recibieron los derechos de colonias o de municipios. Esta política, acompañada por la paz general que reinaba en el Imperio determinó un renacer de la vida provincial, el surgimiento de nuevas ciudades y la renovación de las antiguas. “No se insistirá bastante sobre el “estilo” de los Viajes de Adriano. La tradición de los hombres y la belleza de la naturaleza atrajeron igualmente el interés y la pasión de este emperador. Igual componía una inscripción para la tumba de Epaminondas, o restituye la tumba de Ajax en Troya, o anda para ver las pirámides de Egipto, o escala, como buen alpinista, el Etna o el monte Casio. Naturalmente, tal actividad “turística” tenía mucho de humanística”(1). Para un emperador no era un proceso particularmente confortable recorrer el Imperio, en

(1) *Digesta*, ed. TH. MOMMSEN., *Digesta Justiniani Augusti*, 2 t. Berlín, 1870. I, 4, 1.

toda su enorme extensión. Esto debió de dejar atónitos a los nativos de las provincias. Anteriormente solamente se recuerda a Calígula que invernó en la Gallia durante los inviernos del 39-40 d. C., y a Nerón, otro amante de la cultura clásica, que fue a Atenas y recorrió Grecia en el año 67; fuera de esto, las provincias no habían visto desde Augusto a un emperador en persona, salvo cuando iba de paso para dirigirse a una guerra.

Aparte de corregir por todas partes los graves y prolijos problemas que se venían acumulando de las administraciones anteriores tenía en mente dos objetivos: la proliferación de la vida ciudadana y la mejor explotación de los recursos agrícolas del Imperio para aumentar la producción de alimentos. Para lo primero se reconstruyeron antiguas ciudades y se fundaron otras nuevas, principalmente en los Balcanes, como Hadrianópolis de Tracia con el fin de crear una retaguardia de civilización en la línea defensiva militar del Danubio, comparable a la provincia de la Gallia, retaguardia de los ejércitos del *limes* Rhin - Danubio. Estas ciudades tenían rasgos tales como: foros, basílicas, escuelas, templos y baños creados de una sola vez, para hacerlas atractivas a sus nuevos ciudadanos, y que así, de este modo, a su vez creasen riqueza a su alrededor. Esto se ve clarísimamente en las ciudades de Africa que surgen o renacen, como la misma Cartago, en época de Adriano, con la construcción de un nuevo acueducto, baños y mejoras en las vías de comunicación, o en Hispania, donde su ciudad natal, Itálica sufrió una completa remodelación y embellecimiento. Adriano era consciente de cual era el camino para mejorar la vida de las provincias y su nivel; tal camino era la urbanización continuada, la creación incesante de nuevos núcleos de civilización y progreso. Esta convicción, indujo a Adriano a desarrollar en todas las provincias del imperio una política sistemática de urbanización. No es posible precisar cuantas ciudades fundó en sus viajes, pues son muy escasos los datos que poseemos, pero puede afirmarse con seguridad que después de Augusto, Claudio, Vespasiano y Trajano, fue Adriano el emperador que más contribuyó a urbanizar el Imperio. Su actividad recayó principalmente sobre aquellas regiones que por su situación eran base y sostén de las más importantes fronteras militares. En especial, en los límites del Danubio, Eufrates y Africa.

A pesar de las medidas de Claudio, los Flavios y Trajano en la mayor parte de las provincias danubianas y muy especialmente en las regiones tracias, la vida urbana se hallaba aún sin desarrollar, vastas extensiones de Asia Menor y Siria seguían viviendo su antigua vida rústica y lo mismo sucedía en amplios sectores de Africa. En las provincias danubianas abundan los *Municipia Aelia*, e igualmente en las zonas de influencia griega de la península Balcánica y en el Asia Menor son frecuentes las ciudades que llevan por nombre Hadrianópolis u otros semejantes. Además de la conocida fundación de Antinópolis en Egipto, Adrianuthera y Stratonicea en Asia Menor, son ejemplos notables de los afanes de Adriano que también convirtió en ciudades muchos pueblos de Africa. Así, por ejemplo, Adriano ordenó la reconstrucción de la ciudad de Cirene, que fue destruida por Marcio Turbo entre el 115 y 117, y que costó la vida a unos 200.000 griegos y romanos a causa de una insurrección de los judíos de la ciudad. El principio supremo del reinado de este emperador era el de gobernar el Estado y administrarlo con la conciencia de hacerlo para el bien del pueblo y no para el provecho propio.

También era objetivo de los viajes de Adriano la inspección de las tropas, y ante todo, de las que se hallaban estacionadas en las fronteras. De la misma manera, figuraba la atención por la administración y la legislación. No fue una mera curiosidad lo que le impulsó a visitar reiteradamente los más remotos rincones del Imperio; sus afanes intelectuales y artísticos, junto con la responsabilidad hacia sus súbditos, le ayudaron a soportar e incluso le hicieron agradable esta vida de continuos viajes, pero lo que le impulsó a ello, era que deseaba conocer personalmente en todos sus detalles el Imperio que gobernaba, y sentía además, plenamente que era el soberano de un Imperio que tenía dos partes bien diferenciadas: las que tenían cultura griega y las que lo poseían latina, además de muchas zonas prácticamente sin civilizar, y que, por ello, no era preciso darle preferencia a una de sus partes, como podría ser el caso de Italia. En su conciencia profesional, insistió en procurarle a las provincias igualdad con Italia, concediendo ciudadanía romana, a amplios colectivos de las clases medias y de la burguesía, y fundando en cada distrito nuevas localidades, desde donde irradiaba la

cultura romana. Hasta dividió Italia como si fuera una de las provincias, en una serie de distritos, con un gobernador “consular” que dependía de él mismo en cada uno de ellos. Lo cual prueba la política filohelénica promovida además, por sus tendencias intelectuales y artísticas.

Además Adriano en política quería hacerlo todo por sí mismo: “la voluntad del soberano es la ley suprema” (2). Tal fue su principio fundamental durante todo su reinado. En sus incesantes viajes por las provincias, desde Britannia hasta Siria y Egipto, hacía sentir su control y vigilancia personales sobre la administración provincial y los comandantes de las circunscripciones militares. Por último indicar que Adriano concedió a ciertas comunidades rurales, aún inmaduras para la vida urbana, valiosos privilegios que elevaron la vida a un nivel casi urbano. De todos modos, habría amplios sectores carentes de vida tanto en ciudades, como en los campos de Egipto, o en los grandes dominios imperiales de Asia y Africa. Adriano conocía a fondo las condiciones en que la vida se desarrollaba en estos dominios; sabía que el Imperio dependía en muchas partes de los ingresos de ellos derivados y que era peligroso transformarlos en territorios urbanos distraendo así un montante considerable de sus productos para mantener una ciudad.

Sólo en un lugar fracasó su política de asimilación al mundo greco-romano, se trata de Judea, donde la “romanización” chocó frontalmente con la ancestral cultura judía. La afrenta fundamental fue la fundación de la *Colonia Aelia Capitolina*, bajo la advocación de su propio nombre familiar, sobre el suelo de Jerusalén, esto junto con la construcción sobre las ruinas del templo de Salomón de otro dedicado a Júpiter Capitolino, fueron motivos más que suficientes para provocar la rebelión del pueblo hebreo, capitaneados por el “mesías” Bar Kokhba y que tan funestas consecuencias tuvo para estos.

Aparte de esta nota negra y discordante, el trato de Adriano con las provincias se puede considerar que estuvo impregnado del máximo respeto y consideración hacia las mismas, bastaría para demostrar lo ya dicho acerca de sus viajes, pero también queda evidente a través de las monedas emitidas a lo largo de su reinado y que están dedicadas a las provincias, estas son representativas de los distintos territorios juntos con sus típicos productos, así, por ejemplo, Hispania se muestra recostada con una rama de olivo en la mano; o bien, presentando sus respetos al emperador. Es un verdadero homenaje a las provincias, otras monedas que muestran a estas en épocas posteriores no presentan el mismo sentido, así, por ejemplo, cuando Septimio Severo quiere representar a Africa y pone a una mujer con el traje típico de ese territorio, lo hace para que el pueblo sepa la importancia que concede a su lugar de nacimiento, que en absoluto está en plano de igualdad con otras provincias, como se demostraría con los privilegios otorgados a Leptis Magna y otras ciudades del Norte de Africa.

Otro sentido del humanismo de Adriano es su idea de defender el Imperio, o dicho de otra manera, su continua intención de construir el *limes* o de reforzarlo, esto es otra manera de humanismo, pues como dice la *Historia Augusta*, “separaba al mundo civilizado del mundo bárbaro”, la muestra más palpable de este hecho es la muralla que Adriano construyó para defender a Britannia de los bárbaros que habitaban las tierras de Escocia, pero también se ve en la protección continua que brinda a las fronteras del Danubio, o el abandono, por razones estratégicas, de las regiones situadas más allá del Eufrates, conquistadas por Trajano y que Adriano consideraba indefendibles; hecho que estuvo a punto de costarle un golpe de Estado por parte de algunos antiguos generales de Trajano, que veían con indignación este retroceso de fronteras.

(2) *Scriptores Historiae Augustae*. (S.H.A.). D. MAGIE. *Loeb Classical Library*, Cambridge-Massachusetts, 1923. *Hadr.* IX, 6: *Summotis bis a prefectura, quibus debebat imperium, Campaniam petiit eiusque omnia oppida beneficiis et largitionibus sublevavit, optimum quemque amicis suis iungens.*

No podríamos acabar hablando del período de humanismo pleno que supone el gobierno de Adriano sin mencionar otras dos facetas más de este polifacético emperador, la primera sería la construcción de su villa en Tívoli, en ella reúne al final de su vida, cuando una penosa enfermedad le agriaba el carácter, todas aquellas obras de arte que él admiraba desde su juventud, allí, en medio de recuerdos clásicos pasó sus últimos años en compañía de Antonino, que justamente se ganó el sobrenombre de *Pio* por la ayuda que prestaba al casi inválido Adriano. En Tívoli compondría probablemente aquella poesía cuyas primeras estrofas rezan: *anima, vagula, blandula* ..., único resto de la importante producción literaria de este hombre cuyo atormentado espíritu queda reflejado en esas breves líneas. Falleció en la ciudad de Bayas el 10 de Julio del año 138. Adriano, inteligente, polifacético, culto y contradictorio no logró encontrar la paz que tanto anhelaba.

T. Aelius Hadrianus Antonius Pius, siguió gobernando en el espíritu de su predecesor, Adriano. El largo reinado de Antonio fue el periodo más clamado e impersonal de todo el Imperio. Su gobierno fue considerado el periodo supremo de apogeo del Imperio Romano, y el emperador como el monarca ideal. Por ésta razón es por lo que el epíteto de *Pio* ha quedado tradicionalmente vinculado a su nombre. Sus antepasados procedían, de Nemaesus, en la Gallia Narbonensis, aunque él había nacido en Lanuvium, en el Lacio, el 19 de septiembre del año 86. Su padre y su abuelo pudieron escribir sus nombres en las listas consulares, se habían distinguido en diversas magistraturas senatoriales sin haber ejercido jamás el mando del ejército (3). El gobierno de Antonino es el reinado sin historia, un periodo feliz sin guerras como fruto y consecuencia de la inteligente política exterior de Adriano, es un tiempo en que las instituciones, el Estado, y el Imperio en general, prosiguen una tarea constructiva sin nada que les interrumpa. Antonino en su ascenso al trono tomó una importante decisión, había que seguir y mantener, en principio, la política y los actos de Adriano. Este reinado no careció de agitaciones y guerras. Se levantaron las tribus de Mauretania pero se las pudo rechazar hacia el Atlas. En el año 142 se registra en Britannia una nueva irrupción de los Brigantes. Este movimiento decidió al emperador a construir una nueva muralla más al norte que la de su antecesor, el *Vallum Antonini*. La debilidad interna del reino de los partos evitó la amenaza por la parte de Oriente. A pesar de su claramente manifestado deseo de ahorrar todo el dinero posible al Erario Público, en las provincias dio muestras de una gran liberalidad y solicitud, que se manifestó claramente en la reparación y ampliación de la red de calzadas en todas las regiones del Imperio, como por ejemplo, la que atraviesa el innacesible paso del Kauga, en la cordillera del Atlas, construido por la *Legio III Augusta* en el año 145 como reza un miliario. Por doquier, fueron construidos, acueductos, termas como las de Cartago o teatros como el de Aspendus (4). Internacionalmente, el emperador gozaba de gran autoridad. Esto ha quedado demostrado por las embajadas que llegaron hasta él desde la India. Hircania o Bactriana, y por su autorizada intervención en los asuntos del Bósforo, de Iberia, de Cólquida y de Armenia. Rehusó obstinadamente toda conquista exterior, “Antonino prefería conservar un ciudadano que matar mil enemigos”, escribe uno de sus biógrafos. De este modo, sin sacrificar nada del poder imperial, tomó la iniciativa de una conciliación con el Senado. La actitud de inmovilidad satisfacía enormemente al Senado, y por ello no resulta sorprendente que Antonino contase con las mayores simpatías entre sus antiguos colegas, cuyas ideología compartía por completo, y, aún en contra de lo que él mismo opinaba, les devolvió la jurisdic-

(3) En este sentido hay que ver la memoria de J. Carcopino (J. CARCOPINO, “L'Heredité dynastique chez les ‘Antonins’”, *REA*, LI, pp. 262-321., confirmado por P. GRENADE, “Le Réglement successoral d' Hadrien”, *REA*, LII, 1950, pp. 258-277), que aporta una confirmación del vínculo con Hispania de Antonino. En efecto, el respeto y el afecto del emperador hacia su suegro M. Annii Verus (*PIR* 2, I, 118, nº 694), ello ha sido exaltado por Carcopino (J. CARCOPINO, *Op. cit.*, p. 315; J. BEAUJEU, *La religion romaine a l'apogée de l' Empire I. La politique religieuse des Antonins (96-192)*, París, 1955, p. 280 y ss., S. H. A., *Pius*, IV, 1-2), oponiéndose a la teoría de Lacourt-Gayet, (LACOURT GAYET, *Antonin le Pieux et son temps*, París, 1955, p. 30). J. Carcopino defiende la realidad histórica en el sentido que las ligaduras familiares debieron existir entre Adriano y M. Annii Verus que era originario de Ucubi (la actual Espejo), (S. H. A., *Marc*, I, 4: “*Annius Verus praetorius ex Uccubitano municipio ex Hispania*”, R. ETIENNE., *Le Culte Imperial dans la Peninsule Iberique. D' Auguste a Diocletien*, París, 1958, pp. 463-464).

(4) V. W. V. HAGEN., *Los Caminos que conducían a Roma*, Barcelona, 1973, págs. 51, 77 y 136.

ción sobre los cuatro distritos en que Adriano había dividido a Italia, y a cuyo frente había puesto a cónsules. En cambio subsistió la institución del *Consilium Principis*, tal como había sido fundada por Adriano y a la que él mismo pertenecía. Continuó al viejo plan romano de arrendar propiedades provinciales entre el privilegiado rango del Senado, cambiando con ello el rumbo político que su antecesor había otorgado a las provincias. Las viejas familias del periodo republicano habían desaparecido en su mayoría, y los “patricios” solían ser plebeyos artificiosamente ennoblecidos; pero la nueva aristocracia estaba determinada a permanecer como una clase de los *latifundarii*. Esto nunca quedaría tan de manifiesto como en la época de los Antoninos, en que Antonino Pio continuaba administrando sus haciendas y ladrillares, y el literato favorito de la corte; Herodes Atico obtuvo en parecidas fuentes su fabulosa fortuna. P. Grainger lo ha descrito como “un millonario del mundo antiguo”, (5). Gibbón que introdujo el término “Edad de Oro de los Antoninos”, adquiere especial vigor restringido al reinado de Antonino. Sin embargo, este no se distingue de otros gobiernos del siglo II en cuanto a la insistencia en los aspectos “ideales”. El emperador concentró las bienaventuranzas materiales del buen gobierno en los continuos tipos de la *Annona*; y ello no fue fácil, a principios de la quinta década del siglo estalló en Egipto una rebelión que, por algún tiempo privó a Roma del trigo egipcio. Estos provocó alteraciones populares en la *Civitas* en demanda de alimentos. El emperador se vio en la necesidad de organizar distribuciones de pan, vino y harina costeándolas él mismo. En este sentido, Antonino es el buen romano, “*Pater Familias*”, que con su disposición hace lo mejor para su familia y el Estado. En él todo lo espiritual que hay en el hombre romano son completos aliados, plenitud y prosperidad son los lemas de la “Edad de Oro”, al igual que la *Virtus* y la *Iustitia*. Antonino buscó el apoyo político de las clases cultas de todas las provincias, desarrollando para ello en las grandes ciudades una enseñanza superior subvencionada por el Estado para aumentar la cultura de las clases pudientes provinciales, a quienes otorgó el derecho de ciudadanía con un criterio muy amplio. Así, envió un edicto a la Asamblea de Asia refiriéndose a la inmunidad de los oradores y de otros maestros públicos. Es el momento, en el años 143, en que Elio Artístides, que ha sido calificado como “la mayor expresión literaria de lo que la Edad de Oro podía significar para el mundo de Adriano y de los Antoninos” (6), pronuncia el discurso en loor de Roma, cuya lectura demuestra hasta que punto los ciudadanos romanos, y los habitantes del Imperio en general, se sienten orgullosos de ser romanos y de haber nacido en esa época. La *pax* generalizada, la tranquilidad consiguiente, y la confianza en el gobierno de Antonino, les daba argumentos para ello. Arístides dice que ya no hay diferencias entre griegos y latinos, sino entre romanos y bárbaros, y que desdichado era el que hubiese nacido fuera del Imperio. Por doquier las lápidas sepulcrales y las inscripciones de todo tipo muestran el contento de haber vivido esa época. Antonino es de origen provincial al igual que Adriano, poco sabemos de él, excepto lo que nos informa la *Historia Augusta* y el cálido homenaje que le rinde Marco Aurelio que expresa su admiración sin reservas por su antecesor en el trono, al dedicarle el capítulo más largo y detallado de sus *Recuerdos*, también llamados *Meditaciones*, dedicado a agradecer a sus parientes y profesores las enseñanzas recibidas (7). Antonino, casado con Annia Faustina, hermana única del padre de Marco Aurelio fue tío político, padre adoptivo (desde el año 138) y suegro (desde el 145) de su sucesor, y antes colaborador asiduo en el trono imperial con Adriano. Nada muestra mejor el espíritu moderado y doméstico del régimen de Antonino que los escritos de Marco Aurelio. Su sucesor le define como hombre magnánimo, justo, ponderado, bueno y gran cumplidor de su deber, en todo caso Antonino ejerció tal influencia en el joven Marco, que siempre que se encontraba ante un caso difícil se preguntaba como lo hubiese hecho Antonino en su lugar. Antonino Pio era un hombre cuyo máximo deseo hubiera sido ser campesino. La imagen de este emperador en su finca cercana a Roma vendimiado junto con Marco Aurelio y yéndose posteriormente a comer con los trabajadores con los que había participado en la recolección da una idea muy clara de cual era el carácter de estos dos emperadores.

(5) J. G. GAGE., *La Sociedad y la Cultura Greco-Romanas 31 a. J.C.-235 d. J. C.*, París, 1933, p. 165.

(6) J. V. P. D. BALSDON., *Los Romanos*, Madrid, 1979, pág. 179.

(7) MARCO AURELIO, *Meditaciones*, I, 16 y VI, 20 (Ed. Gredos. Madrid, 1977).

Antonino que representa un profundo cambio con respecto a su antecesor, es sin embargo, el continuador de su obra. Encontramos un contraste entre Adriano y Antonino, que incluso las notas de Marco Aurelio indican con bastante claridad, aunque, quizás, inconscientemente. La diferencia fundamental entre Adriano y Antonino Pio estriba en la importantísima labor constructiva a lo largo de todo el Imperio de Adriano, que incluso, se remontan a antes de que Adriano asumiese el gobierno como demuestran recientes excavaciones en Pannonia, y todo ello en contra de la mesurada economía de Antonino (8). Adriano inauguró un nuevo tipo de monarca, que conscientemente se llama Augusto y que se contrapone a César. Adriano viajó mucho y Antonino Pio poco o nada; apenas si salió a pocos kilómetros de Roma, pensaba que podía gobernar las provincias desde Roma sin cargarlas con los enormes gastos que suponían el viaje del emperador y su séquito, como así lo demostró. Sin embargo, continúa la obra de Adriano de vallar el Imperio, la muralla de Antonino en Escocia, el *Vallum Antonini*, construida a raíz de la invasión de los Brigantes en el año 142, tenía como misión proteger la de Adriano, ello es el ejemplo más palpable. En los últimos años de la vida del emperador, alrededor del año 160, se produjo un desplazamiento del *limes* de la Germania Superior hacia el Este y una ofensiva limitada al sur de Escocia (9). “Pero la diversidad entre los dos emperadores queda atenuada por la presencia de la *virtus* filosófica en su ideal de vida. No obstante, la diversidad de temperamento y de las vicisitudes, el Imperio de Adriano, Antonino Pio, y posteriormente Marco Aurelio tienen importantes rasgos comunes: ellos son los emperadores-filósofos o amigos de los filósofos. A falta de originalidad poderosa, prenda de un Trajano o de un Adriano, Antonino reunía un conjunto de cualidades medianas y sólidas, que habían de asegurar al mundo veintitres años de tranquila prosperidad, buscó por todos los medios la prosperidad del Estado en el juego armonioso de todos sus órganos y en el respeto escrupuloso de todas sus tradiciones. Los motivos de esto no deben buscarse tanto en los rasgos individuales del emperador como en la situación internacional e interna. La política de sus predecesores había traído una cierta estabilización del Imperio y había señalado el camino a recorrer. El concepto de *Pax Romana* debe entenderse, en esta época, en el sentido de Paz Civil interior. Los elementos ideológicos del principado, una de las bases del poder imperial, iban unidas a unas directrices políticas concretas; línea de “movimiento” con Trajano, “estabilización” con Adriano e “inmovilismo” con Antonino Pio”, (10).

Nerva inició y Trajano desarrolló un plan para educar a los huérfanos italianos por medios de fondos procedentes de las hipotecas agrarias. Posteriormente, tras la muerte de Faustina la Mayor, y para mantener vivo su recuerdo, Antonino lo extendió a las niñas. De la misma manera, el noningentesimo aniversario de Roma estuvo preludiado en muchas referencias en monedas y medallas hacia el legendario pasado, pero este culto por la antigüedad estaba carente de inquietud, sin hacer del pasado una fuente de reavivamiento espiritual, aunque fue representado de forma solemne. Otro aspecto de la política de Antonino parece señalar este extremado conservadurismo; el fomento del culto del *Divi* y de la concepción de *Aeternitas*, lo cual pretende buscar el eslabón entre el pasado el presente y el futuro; pero mirando principalmente hacia el pasado. El reino de Antonino fue principalmente de paz armada. Los reversos de las monedas con *Victoria* y *Virtus* reciben apenas menos atención que *Pax* o *Felicitas*. El emperador protegió a la religión romana contra los escépticos y los orientalistas, rechazando la influencia de la religión oriental pero no llegó al extremo de Adriano de establecer como él, una especie de helenismo religioso en Roma y en el Imperio. En cuanto al Cristianismo, Antonino estuvo inclinado a la bondad de temperamento y a mostrar indulgencia; pero tal indulgencia estaría limitada por el principio: *dum ne quid contra disciplinam* (11). En el orden económico, Italia hallábase innegablemente en decadencia. La industria y el comercio hubieron de retroceder en la misma medida en que las

(8) S. MAZZARINO, *L' Impero Romano*, II, Bari-Roma, 1980, p. 325.

(9) F. ALTHEIM., *Niedergang der Alter Welt*, 2, 1952, pág. 56 y sigs.

(10) H. G. PFLAUM., “La valeur de la source inspiratrice de la Vita Pii a la lumiere des personalités nommément citées”, *Historia-Augusta-Colloquium*, Bonn, 1964-65, (1966), p. 143 y ss.

(11) E. MATTINGLY., *Coins of the Roman Empire in the British Museum*, London, 1940, p. CI.

provincias se hacían independientes en cuanto a su economía. La gran propiedad, los proverbiales latifundios; que se encontraban en manos de senadores y patricios aumentaban sin cesar y se tragaban las fincas pequeñas, los labradores libres de antaño se convirtieron en arrendatarios. Antonino quiso reducir a un mínimo los gastos del Imperio. La austeridad de Antonino puso de manifiesto que las medidas de Adriano habían sido insuficientes para paliar la crisis. La *Felicitas* del reinado no fue más que el inmovilismo consecuencia del triunfo de la facción conservadora del Senado. Realmente tales precauciones mantuvieron durante unos años un aparente equilibrio, e incluso dejaron reservas en el Tesoro. Hasta tal punto, que a su muerte en las cajas del Estado se habían acumulado seiscientos setenta y cinco millones de *sestertius*. El inmovilismo se hizo notar en la administración propiamente dicha. Los funcionarios permanecían en sus puestos durante años; así por ejemplo, el prefecto de la guardia pretoriana, Marco Gavio Máximo, conservó el mando durante veinte años. El emperador atendía con un celo infatigable a las necesidades del Estado, y no se trataba de pura lisonja cuando la *Historia Augusta* asegura que el emperador conocía perfectamente los ingresos tributarios de cada una de las provincias. Esta tranquilidad era consecuencia, en gran parte, de las campañas victoriosas de Trajano y de la administración personal y diligente de Adriano. Su carácter piadoso, es decir, atento a las ceremonias religiosas, no se vio enfrentado a trances catastróficos o simplemente apurados. La suerte de su sucesor habría de ser muy diferente. Antonino Pio falleció el 7 de Marzo del año 161, a los setenta y cinco años de edad. Antes de morir, dio la última consigna a la guardia: *Aequanimitas*. su “ecuanimidad” parece resumir como lema final, era la ambición de este emperador pacífico que no era un intelectual ni un retórico y que tal vez no sentía una desasosegada curiosidad por el fondo metafísico de la existencia. Como emperador, Antonino se vio favorecido por su talante práctico y austero, pero también por la *Fortuna*, quien le deparó un largo periodo de tranquilidad.

Fue enterrado en el Mausoleo de Adriano y el Senado le colocó, espontáneamente, entre los soberanos divinizados. Se fundó un nuevo colegio sacerdotal, el de los *Sodales Antoniniani*, consagrados a su culto y se le erigió en su honor una columna en el Campo de Marte.

Antonino tenía de su matrimonio con Faustina la Mayor dos hijos varones y dos hijas; pero los dos varones y la mayor de las hijas murieron; por lo cual él mismo también quedó obligado a adoptar a su sucesor, y lo hizo en las personas del futuro Marco Aurelio, esposo de la única hija que le quedaba a Antonino, Faustina la Menor, y Lucio Vero (probable hijo de aquel Elio Vero que Adriano había adoptado antes de hacer lo mismo con Antonino tras la muerte de aquel). Por primera vez, el Imperio va a tener dos emperadores al mismo tiempo, y el experimento va a salir bien, aunque ello es debido a la solida preparación humanística y de gobierno de ambos príncipes; no obstante la personalidad de Lucio Vero queda maltratada y desdibujada en las fuentes, en especial la *Historia Augusta*, donde la alabanza de Marco Aurelio se contrapone a un cierto desprecio por Lucio Vero, que es calificado a lo largo de toda su biografía en esta fuente, de apático e indolente ante los problemas de Estado. De hecho la posición del “sucesor designado”, es indicada para Marco Aurelio con el término *Caesar* y para Lucio Vero con el término *Augusti Filius*. Marco avanzó en las sucesivas etapas del *Cursus Honorum*, llegando en su cargo a una cercana igualdad con Antonino, mientras que Lucio Vero fue casi por completo olvidado. Pero Marco, aun siendo aceptado, hasta que alcanzó el decimoquinto año de su *Tribunicia Potestas* no se le dio el rango de *Augustus*, y Annia Lucilla, hija de Marco Aurelio y esposa de Lucio Vero, era ya *Augusta* desde el año 147. La mayor desgracia de Lucio Vero fue gobernar bajo la sombra de su hermano adoptivo, pues aunque éste, dada su enorme talla moral, le permitió ejercer el mando sin molestias ni intromisiones, es evidente que estuvo subordinado a Marco Aurelio en muchos aspectos, así el hecho de que el emperador filósofo retuviese para sí la dignidad de *Pontifex Maximus*, que Lucio Vero no pudo utilizar, es suficientemente explicativo. Pero Lucio Vero fue probablemente un emperador muy capaz, organizador de las provincias asiáticas, como ha reflejado P. Lambrechts (12), en su ensayo de rehabilitación de este emperador, maltratado

(12) P. LAMBRECHTS., “L' Empereur Lucius Verus. Essai de rehabilitation”, *AC*, III, 1934, pág. 173 y sigs.

por la *Historia Augusta*, para Lambrechts, Lucio Vero no se habría abandonado a los placeres de Oriente. Al contrario, habría dado un útil ejemplo de organizador, aunque estaba más dotado para la paz que para la guerra, y no era demasiado buen general, por lo que encomendó la dirección de las acciones bélicas contra los partos a sus generales, en especial Estacio Prisco, que las llevaron a buen término; no obstante, y a pesar de las diferencias, es el único emperador del siglo II que imita las campañas de Trajano. Era también un humanista, poeta aunque no muy bueno (13), e iniciado en los Misterios Eleusinos desde el año 161 o el 162 (14). Muerto prematuramente, en el año 169, después de ocho años de compartir el gobierno con su hermano adoptivo. Marco Aurelio le recuerda con cariño en sus *Meditaciones*, especialmente bello es el párrafo en que habla de Pantea llorando delante de su tumba. Lucio Vero, tras su muerte fue designado por el poeta Draconcio como “hombre bueno por piedad” (*vir pietatis bonus*), y también como “divino, igual a los dioses, porque él encarna la bondad, como Antonino Pío la piedad, y Marco Aurelio la sapiencia” (15).

Marco Aurelio, considerado por historiadores y políticos como una de las figuras más bellas y preclaras de la Historia, “Filosofía Coronada” se ha dicho, “Filósofo ascendido al trono”, como se le llamaba ya en la antigüedad, es para muchos es el ideal de emperador-filósofo soñado por Platón. Educado en las cortes de Adriano y de Antonino con destacados gramáticos, filósofos e historiadores, entre los que destacan las figuras de Frontón y Epicteto a los cuales le unía una sincera amistad, sus mismos familiares contribuyeron en buena manera a formar la personalidad de este hombre que desde su infancia se introdujo en si mismo y se dedicó a estudiar seriamente los secretos de la filosofía, seguidor de la doctrina de Epicteto, tenía en Antonino su modelo a imitar, en líneas generales, continuó fielmente su política, manteniendo excelentes relaciones con el Senado contribuyó a mejorar sinceramente la situación de las clases más pobres del Imperio incluyendo los esclavos, su carácter y su filosofía, casi una religión, le conducían a ello. Así renovó la institución para huérfanos de Nerva y Trajano, terminando las mejoras introducidas por Antonino, institución que recibió el nombre de *Faustinianas* en honor su fallecida esposa. Su obra es tanto más cercana a la de Antonino como alejada de la de Adriano, quiso seguir la norma que dió su antecesor poco antes de morir al prefecto de la guardia: *ecuanimidad*, y como dice en sus *Meditaciones*, nunca quiso ser un “Cesar”, del cual la personalidad de Adriano estaba impregnada. Este distanciamiento de Adriano es notable en la obra de Marco, mientras que a Antonino le dedica grandes párrafos alabatorios, olvida a aquel que le eligió para el trono y que le llamaba *verissimus*. Paradójicamente, Marco Aurelio imita algunos aspectos de la política filohelenística de Adriano, así asume el arcontado en Atenas y se inicia en los Misterios de Eleusis, al igual que Lucio Vero. De los más de trescientos textos legales que se redactaron durante su gobierno, más de la mitad están destinados a la protección de las clases más humildes, en especial, mujeres, niños, y esclavos. La labor de gobierno de Marco Aurelio es verdaderamente meritoria si se tiene en cuenta en las condiciones en que se hizo, desde los tiempos de las guerras civiles, nunca había peligrado más la seguridad del Estado, hasta el punto que la mayor parte de los historiadores sitúan en el principado de Marco Aurelio el punto de inflexión en que Roma comienza a decaer. En efecto, el desesperante aumento de la burocracia que paralizó por doquier la maquinaria del Estado, la persistente guerra en las fronteras danubianas contra los marcomanos, donde se distinguió el general Publio Helvio Pertinax, pacificando Raetia y Noricum; y en especial el duro golpe que supuso la sublevación en Siria de Avidio Cassio que estuvo a punto de partir el Imperio en dos mitades, frenando con ello todo intento de posible expansión territorial, a lo que hay que añadir los grandes esfuerzos para recuperar el control sobre las partes perdidas de Siria, Capadocia y Armenia, con todo ello se materializaban los dos peligros más temidos por Trajano, la simultaneidad de un frente Danubiano y otro Oriental. Estas desgracias se vieron aumentadas

(13) DRACONCIO., V, 2, 7, le llama: *modico sermone poeta*.

(14) E. KAPETANOPOULOS., “Flavius Hierophantes paionieus and Lucius Verus”, *REG*, LXXXIII, 1970, págs, 63-69.

(15) Draconcio es un poeta del Africa vándala que escribe entre el 484 y el 491 y habla de Commodus Augustus, (Lucio Vero) *vir Pietati bonus*, y en VII, 4 dice: *Omnis Antoninos plurtis fuisse quam deos*.

por la peste que se declaró en Roma traída desde Oriente por los soldados de Lucio Vero y que costó la vida a millares de ciudadanos incluyendo muchos hijos del emperador (en el año 175, siete u ocho hijos del emperador habían muerto y sus cuerpos enterrados en el Mausoleo de Adriano) y finalmente la epidemia acabó con la vida del propio Marco, en Vindobona el 17 de Marzo del año 180. La noticia cayó en todo el Imperio como una catástrofe de incalculables consecuencias, todos los historiadores de la época y de los siglos posteriores han estado de acuerdo en ello (16). De él se ha dicho: “el panteón de la historia presenta pocos ejemplos de tanta humildad y majestad unidas. Marco Aurelio es como un santo del paganismo. pero un santo que, junto al constante afán por su perfección individual, posee también la preocupación por sus deberes en este bajo mundo. Honrado como nadie, después de Sócrates y Platón, Marco Aurelio que rivalizaba en nobleza con Epicuro, realizó en su vida el ideal más elevado de los clásicos antiguos. Por ello, la Historia muestra trágica ironía al simultanear con Marco Aurelio la descomposición de la cultura antigua. Su muerte señala el remate de una larga serie de gobernantes sin par en la Historia (Antoninos) y el fin de una paz de dos siglos que comienza con Augusto” (17). Las estatuas de Marco Aurelio se encontraban todavía en tiempos de Diocleciano en muchas casas debajo de los *Dii Penates* (18).

Marco Aurelio cometió solo un importante error en el que parecen están de acuerdo todos los historiadores: romper la tradición de dejar el Imperio al más apto a través del principio de la *adoptio* y se lo entregó a su hijo Cómodo. Lo cual era por otra parte lógico, ningún otro emperador del siglo II había tenido hijos de su propia sangre y, naturalmente, fuese cual fuese la opinión de Marco Aurelio, lo cierto es que no iba a entregarle el Imperio a otro, incluso existiendo hombres más capaces como Claudio Pompeyano. Otra cosa en la que están de acuerdo la mayor parte de los historiadores es el hecho de que el joven Cómodo, que apenas contaba dieciocho años cuando obtuvo la púrpura imperial, preparó una paz vergonzosa con los cuados y marcomanos, con lo que pudo alejarse del frente para dedicarse a sus manías. Pero cabe una segunda interpretación a la que nosotros nos acogemos: la renuncia a las conquistas de Marco Aurelio, en las que este emperador había dejado su vida, pudieron deberse a algo más que a un despropósito de Commodo. Esta atestiguado que obligó, contra la opinión de militares y senadores, a que el *limes* retrocediera hasta el Danubio, el cual, por otra parte, fue inmediatamente fortificado: “una serie de inscripciones de la ribera del Danubio, en la Pannonia Inferior, atestiguan que durante la época de Cómodo se alzaron torres vigias y puestos de guardia para evitar que pasaran ocultamente los “bandidos” (palabra que en este caso designa a los bárbaros)” (19). Este hecho se parece mucho a lo que Adriano hizo en las fronteras del Eufrates por considerar que los territorios que estaban situados más allá eran de muy difícil defensa. Además, si ello es cierto, respondería a razones muy poderosas. Como señala Altheim (20): “Desde mediados y a fines del siglo II habían penetrado, viniendo del Norte, germanos orientales en el área central alemana. En lugar de pueblos derrotados y debilitados surgieron ahora en el Danubio Inferior, en los Cárpatos y en la Galitzia Oriental otros nuevos y frescos, a saber: los longobardos, los vándalos y los godos. Poco después se hallaban los godos y sus afines en el sur de Rusia”. Por otra parte es evidente que responde a un deseo personal del emperador de retirarse de la guerra y de la dirección de la misma; pero también a un ansia de paz del pueblo, cansado de años de lucha; y al mismo sentido responde el suavizamiento, cuando no la total terminación de las persecuciones contra los cristianos. En cuanto

(16) Taine dijo de Marco Aurelio que “era el alma más noble que haya existido”. Renan lo calificó como “el mejor y el más grande de su siglo” y que “su elevado sentido moral frente al Universo era un evangelio que nunca envejece”. John Stuart Mill lo colocó por encima de todas las cumbres alcanzadas anteriormente por la humanidad. Para Matthew Arnold es tal vez “la figura más bella de la historia”. Para Michael Grant, “en él se dió la mezcla menos frecuente en la Historia: la de la realeza encumbrada con la humanidad humilde, la de la pureza más grande de sentimientos con un modo de obrar en congruencia excepcional con ellos” (Recogidos por M. GRANT., *El Mundo Romano*, Madrid, 1970, pág. 250 y sigs).

(17) C. GRIMBERG/R. SVANSTRÖM., *Världshistoria, Folkens Liv Och Kultur*, Stockholm, 1967, pág. 320.

(18) S. H. A., *Marc*. XVIII, 5.

(19) F. MILLAR., *El Imperio Romano y sus pueblos limítrofes*, Madrid, 1970, pág. 213.

(20) F. ALTHEIM, *Op. Cit.*, pág. 112.

a la total despreocupación por los problemas del Estado que se le achaca, encontramos detalles que demuestran lo contrario, por lo menos, en algunos casos, así los habitantes del *Salus Buritanus*, una población del Norte de Africa, de la cual ya tenemos noticias por la correspondencia que sostuvo con Adriano, se queja al emperador Cómodo de que se les hace trabajar para el Estado una serie de días superiores a lo establecido en la ley, este hecho hace que el emperador censure las tropelías al responsable de esta población, como lo demuestran las fuentes. Cómodo estaba dando una nueva base social a la política imperial. Es probable después de todo lo dicho, que el *Commodus, multis incommodus*, en ingeniosa frase de Orosio (21), no lo fuese tanto; por lo menos, para amplias capas de la población del Imperio.

Mencionemos por último al emperador Publio Helvio Pertinax, hombre de extracción humilde, llegado a las mayores magistraturas por la sola fuerza de sus méritos, a pesar de no ser, probablemente, ajeno al asesinato de Cómodo quiso con el apoyo del Senado, continuar la obra humanística de los Antoninos cuyo heredero espiritual se consideraba, pero fue asesinado a los tres meses por aquellos que le habían dado el poder junto con los pretorianos. Con él se cierra prácticamente el siglo II y el humanismo como ideal de vida y de actuación política, también.

ABREVIATURAS

AC. L' Antiquité Classique. Louvain-la-Neuve.

REA. Revue des Etudes Anciennes. Talence.

REG. Revue des Etudes Grecques. París.

PIR. *Prosopographia Imperii Romani*, 3 vols, DESSAU, KLEBS, ROHDEN, Berlín, 1897-1898.

(21) OROS., VII, 16, 2-4. (Ed. Gredos, Madrid, 1982).